

La rabia es que yo, que era la que más estrujada iba en ese coche, emparedada entre los tíos Antonio y Luisa, y los vapores de charcutería fina (denominación del conjunto de abarrotados presentes de la parte trasera del coche), no me había quejado más que resoplando, y mira tú por dónde la señoritinga... Claro que antes morir que protestar, coincidir, y ponerme a la altura de la Pava.

Allá películas. Busqué mi iPod y me *plantifiqué* los auriculares (yo también sé aislarme), volví a concentrarme en mí misma porque sentía mucha lástima de mí.

A excepción de aquella extraña situación que acabo de narrar en la que algunos parecían haberse peleado por el bien del universo, todo el viaje me pareció de una extrema pesadez. No podía ser de otro modo, aburrida como una almeja y tristísima como estaba.

Un viaje sin nada más reseñable. Hasta la llegada a una ciudad: Montpellier.

Allí tuvimos el aliciente de una fantástica tormenta de rayos y centellas que nos hizo salir de la autovía en busca de un hotel. Anduvimos perdidos

una hora —no exagero—, la caravana siguiendo a mi padre, que a su vez perseguía una indicación de alojamiento. Lo único bueno del hospedaje, el bufé libre en suelo francés. ¡Menos mal!

Al día siguiente más de lo mismo. O sea, carretera, manta, y salvada por la música que llevaba preparada, más la constatación de que me mareo leyendo en el coche; y dos consideraciones. Una, debía desempolvar mi francés si quería sobrevivir, y otra, al menos alguien se fijó en mi constreñida existencia. Es decir, el tío Norberto y la tía Viqui me invitaron a continuar viaje en la caravana, por lo que de su sabia charla —y que a mí me salió de las narices— me enteré de algunas cosas que se avistaban al pasar.

A saber:

¡Una granja de cocodrilos! *Ferme aux crocodiles*. Ya es casualidad que apareciera justo cuando la tía Viqui y yo jugábamos a decir nombres de animales con la letra ce. (Es verdad que yo era como una peligrosa olla a presión a punto de estallar, pero al fin y al cabo había desayunado y dormido bien, y tengo un sexto sentido para distinguir la clase de personas con las que me relaciono). Así

que sí, la tía Viqui y yo jugábamos a nombrar animales cuando avistamos esa granja.

—Un animal que me resulta curioso es el pulpo —dijo ella—. ¿Sabes? Además de los ocho tentáculos tiene tres corazones, uno principal y dos branquiales. —Y se rio—. ¿No te parece que eso es ser especialmente cariñoso?

Tres corazones. (¿Veis?)

Luego, como para ambientar, la tía Viqui tarareó *sur le pont de Avignon, ont y danse, ont y danse, sur le pont de Avignon tout ensemble, tout en ronde...*

Claro que canta como una almeja y prefiero las canciones de Avril Lavigne, pero tengo que reconocer que esta mujer me cae bien, empezando porque no dice las típicas majaderías: «¿Cómo te va en el instituto? ¿Quince años ya? ¡La niña bonita! Qué preciosidad de ojos verdes».

Gracias a ella no pierdo la esperanza en la humanidad.

Por el momento he decidido que de mayor viajaré y viviré en una caravana igual que la suya y, por tanto, jamás me compraré un piso; se ahorra

una la hipoteca esa que lleva a la gente de cráneo, por no hablar de las ventajas de tener el coche y la casa juntos. ¿A nadie se le ha ocurrido antes cambiar las casas por caravanas? A mí me parece la GRAN SOLUCIÓN.

Mientras yo salpimentaba el paisaje con mis cosas, se sucedían los castillos cátaros, la central de energía nuclear en Pierrelatte, Montelimar, que es el país del turrón, aunque en Lyon, el embotellamiento en un túnel acabó por tumbarme en la cama de la caravana. Me acurruqué, mecida por la voz de Avril y de la tía Viqui esforzada en guiar mi ignorancia por una letanía de ríos, bosques, pueblos y cuanto campo de trigo, girasol o maíz atravesábamos.

—Volverá a llover —había pronosticado la meteoróloga aquella mañana a la salida de Montpellier.

Me desperté en mitad de la tarde oscurísima y gris.

Llovía a cántaros en Chavannes sur L'Étang, la pequeña aldea al sur de la región de Alsacia.

Fin del largo viaje.